

ERNESTO CASTRO
JANTIPA O DEL MORIR
[Trilogía Platónica]



© Ernesto Castro Córdoba, 2021
Por mediación de MB Agencia Literaria S.L.
Corrección de estilo a cargo de Harrys Salswach

© Editorial Planeta, S. A., 2022
temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición: febrero de 2022
ISBN: 978-84-9998-910-5
Depósito legal: B. 1.207-2022
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas S. A.
Printed in Spain - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

*Para Alejandro Matesanz,
por las disputaciones en el Pabellón B*

—Por eso cuando alguno se muere y empiezan «pobrecito» y «pobrecillo», esas lástimas que sacan; me da por pensar: ¿y los otros?, ¿y los que se quedan? ¡Ésos son verdaderamente los que se llevan el rejón, pero calado hasta los hígados! A éstos sí que merecerá compadecerlos.

RAFAEL SÁNCHEZ FERLOSIO,
El Jarama

ASPASIA. ¿Y te influyó mucho?

JANTIPA. Muchísimo. Gracias a ella me convertí al catolicismo. Yo antes era una judía muy ortodoxa. Ni siquiera me atrevía a llamar a Dios por Su nombre. Siempre me refería a Él como *HaShem*.

ASPASIA. ¿Qué significa?

JANTIPA. El Nombre, en hebreo.

ASPASIA. ¿Y cómo dices que se hacía llamar ella?

JANTIPA. Teresa. Pero todas la llamábamos Edith.

ASPASIA. ¿Teresa... qué más?

JANTIPA. Benedicta. ¿No lo sabías?

ASPASIA. Le perdí la pista en los años treinta.

JANTIPA. ...

ASPASIA. ¿Y gracias a ese rebautizo se salvó del Holocausto?

JANTIPA. No lo entiendes.

ASPASIA. ...

JANTIPA. No lo hizo por eso.

ASPASIA. ¿Entonces por qué?

JANTIPA. ...

ASPASIA. ¿Por qué se rebautizó Edith Stein?

JANTIPA. Si me dejas, te cuento la historia completa.

ASPASIA. Por favor... Con todo lujo de detalles.

JANTIPA. Hay que remontarse a cuando las SS la internaron con nosotras, a mediados del 42.

ASPASIA. ¿En 1942? ¿Tan tarde?

JANTIPA. En agosto del 42, para ser exacta.

ASPASIA. Casi una década después de que los nazis tomaran el gobierno... ¿Por qué esperaron tanto tiempo? ¿Acaso no era una prioridad para ellos, digo yo, detener a una de las filósofas judías más importantes del momento?

JANTIPA. No te creas. A fin de cuentas, la Solución Final no se adoptó oficialmente hasta inicios de ese año. Además, Teresa no era demasiado relevante en términos políticos.

ASPASIA. ¿Cómo que no? ¡Si fue una militante pacifista de primer nivel! ¡Si estaba afiliada al Partido Demócrata Alemán y todo! Recuerda que durante la República de Weimar no solo reivindicó el sufragio femenino, sino que además logró que un ministro (¡todo un ministro, nada menos!) reconociese que era ilógico que las mujeres doctoradas no pudiesen impartir clases en la universidad. No en vano, fue la primera doctora en Filosofía de la historia alemana. ¡Ahí es nada!

JANTIPA. A lo que me refiero es a que Teresa era una pensadora tan abstracta que sus ideas apenas llegaban al pueblo llano. Le pasaba como a su colega Martin Heidegger, que en el fondo daba igual si se pronunciaba a favor o en contra de algo, pues nadie pillaba del todo lo que quería decir.

ASPASIA. ¡Ay, Heidegger! No mientes el nombre de ese puto

nazi en mi presencia. El muy cerdo, el muy «colega» le robó a Stein la edición de aquella obra de Edmund Husserl: *Lecciones fenomenológicas...* ¿Cómo se titulaban? *Lecciones fenomenológicas de la conciencia...* Uno de esos títulos más largos que un día sin pan.

JANTIPA. *Lecciones fenomenológicas de la conciencia interna del tiempo.*

ASPASIA. ¡Esas mismas! Stein las redactó casi por completo a partir de las notas manuscritas de Husserl. Prácticamente es un libro escrito entre ambos. Sin embargo, cuando Heidegger lo publicó, no reconoció el trabajo de Stein ni por activa ni por pasiva.

JANTIPA. Pero ¿tú a qué coño has venido?

ASPASIA. Cálmate, Jantipa.

JANTIPA. ¿A meterte con Heidegger o a informarte sobre las últimas tardes de Teresa?

ASPASIA. A informarme, a informarme.

JANTIPA. ...

ASPASIA. Perdona.

JANTIPA. ¿Puedo seguir ya donde lo dejé?

ASPASIA. Antes explícame por qué tardaron tanto en detenerla.

JANTIPA. A eso iba. Como sabes, Teresa sufrió una conversión religiosa después de la Primera Guerra Mundial.

ASPASIA. ¡Como para no sufrirla! Se alistó voluntaria en la Cruz Roja y la enviaron al frente oriental de enfermera. Allí vio morir a demasiados jóvenes por una causa militar desquiciada. Entre ellos, a su amigo Adolf Reinach.

JANTIPA. De quien editó unas notas póstumas (mazo interesantes, por cierto) sobre filosofía de la religión.

ASPASIA. ¡Pobrecita, Stein! ¡Toda su vida editando libros ajenos, en vez de componer los suyos propios!

JANTIPA. ¿Y dónde dejas los veintiocho tomos de su obra completa?

ASPASIA. Comparado con lo que podría haber escrito... La mayoría son cartas, traducciones, cursos introductorios, comentarios a otros pensadores, conferencias de ocasión...

JANTIPA. Insisto, Aspasia: ¿a qué coño has venido?

ASPASIA. Di tú cuál es su obra maestra.

JANTIPA. *Sobre el problema de la empatía.*

ASPASIA. ¿Esa? Una tesis doctoral muy confusa.

JANTIPA. *Contribuciones a la fundamentación filosófica de la psicología y de las ciencias del espíritu.*

ASPASIA. De nuevo, más largo que un día sin...

JANTIPA. *Ser finito y ser eterno.*

ASPASIA. Otra lectura que se hace eterna.

JANTIPA. *Potencia y acto.*

ASPASIA. Un combinado imbebible de Husserl y Santo Tomás.

JANTIPA. *Una investigación sobre el Estado.*

ASPASIA. ¡Ya ves de cuánto le sirvió investigarlo!

JANTIPA. ¿Me lo dices o me lo cuentas?

ASPASIA. Disculpa si...

JANTIPA. ¡Si es que estás hecha una metomentodo!

ASPASIA. Disculpa si te he ofendido.

JANTIPA. Si piensas que Teresa vale tan poco, ¿para qué me preguntas por ella?

ASPASIA. Discúlpame, mujer. No pretendía minusvalorarla. Ni mucho menos.

JANTIPA. ¡Quién lo diría!

ASPASIA. Es que (a mi juicio, sin ánimo de ofender) lo más importante de Stein es su vida, no su obra. Por eso me interesa saber cómo murió. Prosigue con la narración, porfa.

JANTIPA. Ten paciencia, pues. Como te decía, Teresa se convirtió al cristianismo a comienzos de los años veinte. Se pasó toda esa década dando clases y conferencias para distintas instituciones religiosas. ¿Te acuerdas de su participación en aquel congreso católico sobre las profesiones femeninas? Sus palabras tuvieron eco en toda la prensa.

ASPASIA. ¡Ojalá lo hubiera olvidado! Todavía me cabrea lo que dijo, lo de que la Virgen María debe ser el prototipo de la vocación femenina doméstica: obediente a su marido, entregada a sus hijos, una «esclava del Señor». ¡Menuda feminista era! Al menos defendió que una mujer puede desempeñar cualquier oficio, aunque sea aportando su «visión holista y personalista» de la realidad. ¡Bobadas! Claro que su discurso ya era más de lo que los nazis estaban dispuestos a tolerar con aquel lema de «niños, cocina e iglesia». *Kinder, Küche, Kirche*: nuestro KKK particular. Por eso me sorprende que no la detuvieran antes.

JANTIPA. No pudieron hacerlo porque en 1933 cumplió al fin su sueño de ingresar en la Orden de los Carmelitas. Al año siguiente tomó hábitos con el nombre de Teresa Benedicta de la Cruz.

ASPASIA. ¿Por Teresa de Ávila? ¡Vaya homenaje más tonto! ¿Sabías que esa santa proviene de una familia de conversos perseguidos por la Inquisición española? ¿Sabías que algunos ideólogos nazis reivindicaron la mística cristiana como un mal menor frente al judaísmo? ¿Lo sabías, eh, lo sabías?

JANTIPA. ¿Y qué?

ASPASIA. Que escapar del Tercer Reich para meterse en la Iglesia católica es como salir de Guatemala para caer en Guatepeor.

JANTIPA. ¿Qué me dices?

ASPASIA. Lo que oyes. El Vaticano ha sido la principal institución antisemita en la historia europea. Entre el Gran Inquisidor y los SS hay una finísima línea de continuidad.

JANTIPA. ¡Menuda frivolidad! Tu comparación no tiene en cuenta los hechos históricos. En casi cuatro siglos de existencia, la Inquisición apenas ajustició a cinco mil herejes, frente a los seis millones de judíos exterminados por las SS en poco más de un lustro.

ASPASIA. Las cifras son distintas, pero el principio de fondo es el mismo: «¡Límpiese la sangre, aunque perezca el mundo!». Fíjate en Teresa de Ávila y en Edith Stein: primero se las persigue por judías, y luego, una vez muertas y enterradas, cuando ya no incordian a nadie, se las canoniza como santas y doctoras de la Iglesia.

JANTIPA. Pero ¿qué me estás contando? A Teresa de Jesús no solo no la persiguieron, sino que además recibió el apoyo oficial de Felipe II. Nada más y nada menos. No me puedes comparar la cosmovisión religiosa que inspiraba a la monarquía hispánica con el racismo biologicista de los nazis. ¡Simplemente no puedes! El objetivo del auto de fe era que el hereje se arrepintiese, mientras que en los campos de exterminio se perseguía aniquilar razas por completo. ¿Ves la diferencia?

ASPASIA. El principio de fondo es el mismo, solo que radicalizado por el devenir histórico. Allí donde los inquisidores les decían a los judíos «No podéis vivir entre nosotros», imponiendo su expulsión o su conversión religiosa, los nazis lo simplificaron a «No podéis vivir», a secas, optando por el genocidio.

JANTIPA. ¡Deja ya de comparar el siglo XVI con el XX! Date cuenta de que, cuando fueron coetáneos, el catolicismo y el nazismo se demostraron como opuestos. Hitler siempre

obtuvo sus peores resultados electorales en circunscripciones de mayoría católica. No en balde, la Conferencia Episcopal Alemana había excomulgado a los líderes del partido nazi.

ASPASIA. ¿Y de qué sirvió que les excomulgaran y no les votaran, si al final el partido católico de Centro apoyó la ley habilitante que cedió todo el poder legislativo al Führer?

JANTIPA. Eso se hizo para detener al comunismo. Un error garrafal.

ASPASIA. ¿Y acaso Eugenio Pacelli, futuro papa Pío XII, no se apresuró a firmar un concordato con el Tercer Reich, dotándolo de legitimidad internacional?

JANTIPA. Para proteger a los feligreses alemanes. Otro error garrafal.

ASPASIA. ¡Y tanto! Ese acuerdo exigió que el clero se abstuviera de participar en la vida política alemana. Al día siguiente de rubricarlo, Hitler promulgó su ley de partido único. Fue la muerte, el suicidio del Centro. ¿Y todo a cambio de qué?

JANTIPA. De que no se violara la autonomía de la Iglesia. Te informo de que Teresa estuvo sana y salva en el Carmelo de Colonia hasta 1938, hasta la Noche de los Cristales Rotos, cuando se trasladó a la ciudad de Echt, en Holanda. Y pudo hacerlo gracias a la autonomía que tanto le había costado mantener al papa.

ASPASIA. ¡Una autonomía cómplice!

JANTIPA. ¡Más quisieras! Los obispos alemanes se pronunciaron en contra de la ley de eutanasia, forzando a que se detuviera el gaseamiento de los discapacitados.

ASPASIA. Porque los gaseaban delante de su cara, en el centro de las ciudades. Cuando empezaron a gasearlos en el este, fuera de Alemania, la Iglesia se hizo la sueca, miró

para otro lado. El bloqueo de la ley de eutanasia supuso, de hecho, el arranque de la Solución Final. Los católicos contribuyeron a esa causa con su posición hipócrita y cobardica de «No en mi patio trasero».

JANTIPA. No es cierto. En el campo de Dachau había una sección especial para disidentes católicos con más de dos mil reclusos.

ASPASIA. ¿Solo dos mil? Esa cifra palidece de vergüenza frente a los millones de católicos que participaron más o menos activamente en la quema de sinagogas y el saqueo de comercios judíos. Mira a Jozef Tiso, presidente de Eslovaquia, amén de sacerdote. Firmó la deportación al este incluso para los judíos bautizados. ¡Incluso para los miembros de su propia fe!

JANTIPA. No todo el mundo puede ser un santo. Por ese motivo hay que celebrar a quienes sí lo fueron, como Pío XII o nuestra Teresa.

ASPASIA. ¿Cómo te atreves a comparar a Stein con el jodido Pacelli? Ese papa no solo calló frente a los nazis durante la guerra, sino que luego facilitó que se fugasen a Latinoamérica.

JANTIPA. Eso último se hizo para detener...

ASPASIA. ... ¡al comunismo, sí, al comunismo! ¿Otro error garrafal más? ¿Y lo primero?

JANTIPA. Lo primero es falso. Pío XII criticó al nazismo en varias de las encíclicas que compuso, antes incluso de ser papa. En *Mit brennender Sorge* acusó a los nazis de «hostilidad profunda contra Cristo y su Iglesia»; en *Summi Pontificatus* calificó la invasión de Polonia como «una hora de tinieblas»; en *Mystici Corporis Christi* denunció el gaseamiento de los discapacitados. ¿Te parece poco?

ASPASIA. ¿Tres frases sueltas? Sí, me parecen poco. Si el papa

hubiese lanzado un mensaje contundente contra Hitler, este nunca habría triunfado en Alemania.

JANTIPA. Tal vez. Sin embargo, nada más triunfó, concluyó el tiempo de las palabras rimbombantes y empezó el tiempo de actuar con coherencia.

ASPASIA. ¿Desde cuándo la Iglesia puede actuar con algo más que palabras rimbombantes?

JANTIPA. ¡No te burles! Aunque tienes razón: el papa no dispone de ninguna espada en la que apoyar su cruz, ningún ejército que encarne su posición política internacional. Con todo y con eso, se calcula que el número de judíos que salvaron el pellejo gracias a la Iglesia ronda el medio millón. ¡Quinientos mil! Más que cualquier otra institución social en el mundo entero.

ASPASIA. Esas cifras están infladas por el hecho de que, en Italia, ni Benito Mussolini era realmente antisemita.

JANTIPA. Ahí tienes tu contraejemplo: los italianos eran católicos y a la vez filosemitas.

ASPASIA. Pero el papa solo acudió al rescate de los judíos cuando los alemanes invadieron el norte del país. Ya conoces la letanía: «¡Ay del Vaticano, demasiado pequeño para el mundo y demasiado grande para Italia!».

JANTIPA. El caso es que acudió al rescate. Y acudió con los labios sellados, calladito, con la boca cerrada, sin dárselas de héroe. Pero tú habrías preferido que el papa se hubiese pronunciado abiertamente, rabiosamente a favor de rescatar judíos, en vez de ponerse de hecho a rescatar judíos.

ASPASIA. Lo uno no tenía por qué quitar lo otro. Lo cortés por lo valiente, ¿me estás diciendo? Siempre nos quedará la duda de qué habría sucedido si la Iglesia hubiese invertido su palabra allí donde invirtió sus actos. Qué habría sucedido si, además de intervenir, hubiese alzado la voz.

JANTIPA. Eso pregúntaselo a Teresa, que fue víctima de uno de esos intentos de conciliar las palabritas con los actos. ¡Maldita fue la hora! La arrestaron después de que los obispos holandeses condenasen públicamente el antisemitismo de la ocupación alemana. A modo de castigo, se decretó la caza de todos los judíos bautizados que residiesen en Holanda. A los pocos días internaron a Teresa con nosotras en Auschwitz. Fin de la historia.

ASPASIA. ...

JANTIPA. ¿Contenta?

ASPASIA. ¿En Auschwitz? No me tomes el pelo. ¡En Auschwitz! ¿De verdad estuviste allí? No me lo puedo creer. A ver, enséñame el brazo. No, ese no. El otro. Ya sabes cuál. ¡Vaya, vaya, vaya! ¿Por qué no me lo has dicho antes? Qué calladito te lo tenías, ¿eh? ¡Hay que joderse! ¿En el campo de exterminio?

JANTIPA. No; en el de concentración, en Auschwitz I. Teresa llegó poco antes de que recolocasen la sección femenina en Auschwitz II, en Birkenau: el campo de exterminio propiamente dicho.

ASPASIA. ¡Qué fuerte, tía! ¿Y cuánto durasteis allí?

JANTIPA. Si me dejas, te cuento la historia completa.

ASPASIA. Por favor... Con todo lujo de detalles.

JANTIPA. Cuando Teresa llegó, yo ya llevaba varios meses allí. Me había endurecido hasta volverme un callo. Un callo insensible y purulento que, a pesar de la avanzada necrosis, se mantenía vivo, mínimamente irrigado por venitas hinchadas y azules. Nos habían arrebatado nuestros bienes, nuestras pertenencias, nos habían rapado el pelo, nos habían tatuado un número (sí, el del antebrazo), nos habían dividido por barracones y cuadrillas de trabajo, nos habían calzado aquellos zuecos. ¡Ay, los zuecos! Aguan-

tando horas firmes y en pie mientras los SS pasaban revista a nuestros tatuajes numéricos. «¡Diez mil quinientos cincuenta!» «¡Presente!» «¡Treinta y un mil seiscientos sesenta y uno!» «¡Aquí!» «¡Cuarenta y cuatro mil setenta y cuatro!» Hubiera preferido andar sobre clavos oxidados. Tras varias semanas en el campo, era una bendición no sentir tus propios pies; cuando no te alcanzaba por el aire, la muerte solía alcanzarte por los pies.

Trabajábamos todo el día, todos los días del mes, de cuatro de la madrugada a ocho de la noche, en la ampliación de las instalaciones de exterminio. Luego supe que en otros campos producían bienes tangibles, mercancías de consumo, cosas útiles. Los reclusos de Mauthausen explotaban, al parecer, una mina de granito. En Auschwitz, por el contrario, la muerte era nuestro único negocio. Pero no te creas que a los nazis les importaba en exceso nuestra eficiencia. Lo importante era tenernos ocupados en cualquier asunto, demasiado entretenidos en sobrevivir como para recordar que nos estaban matando.

Como único alimento, distribuían una hogaza de pan y un litro de agua por cabeza. Oficialmente era sopa, pero solo si tenías suerte, o te sabías colocar en la fila de racionamiento, obtendrías una ración de las patatas del fondo. Llegué a conocer a verdaderos genios, auténticos prodigios en el arte de la colocación en la fila, capaces de calcular los litros de un caldero nada más atisbarlo.

Los alemanes, con su arquetípica precisión burocrática, no nos proveían ni de los cuencos ni de las cucharas para sorber la sopa. De este modo nos incitaban a robar, o bien de las instalaciones, o bien a nuestros compañeros de barracón o de cuadrilla. ¿Ya he dicho que a nadie le importaba nuestro trabajo? Menos aún le importaba a cada re-

cluso el destino de los demás. Si podíamos robarnos, robábamos; si no, nos endeudábamos. Las deudas se contraían y saldaban en la única divisa del campo: el pan futuro. Para poder degustar una sopita hoy, casi todos los novatos empeñaban la hogaza de un mañana no muy lejano. Ese era el primer pasito camino de la muerte por inanición, camino de volverte un musulmán, que era como llamábamos a quienes estaban tan desnutridos que solo la locura, el delirio, les inflaba las costillas.

Si en tres meses no robabas o conseguías un puesto en la administración del campo (y, créeme, no había tanta diferencia entre una cosa y la otra), paulatina e inevitablemente te volvías un musulmán. He aquí la fuente última de la perversión en Auschwitz: si querías sobrevivir, además de víctima, debías ser verdugo. Cada cuadrilla tenía su propio *Kapo*, con su propio látigo; y cada barracón, su jefe de barracón; y cada crematorio, su *Sonderkommando*, su cuadrilla especial, encargada de seleccionar, incinerar y dispersar con una pala, por la laguna, las cenizas de los gaseados.

Todos éramos reclusos.

Quizás creerías que, ante una opresión tan cruel, tan descarada, los oprimidos se unirían en un bloque común. Pasó justo al revés. Primero en los guetos y luego en los campos, los nazis pusieron en pie una ficción de independencia judía. Eran judíos quienes administraban autónomamente nuestra propia indignidad, nuestra propia injusticia, creyendo que al menos ellos se salvarían; en puridad, ya se habían condenado a sí mismos.

Dentro de la administración, quienes estábamos en un puesto más desahogado, sin morirnos de hambre, pero tampoco sin estrangular toda ética humana, éramos los

cuadros técnicos: enfermeros, peluqueros, cocineros... Yo trabajaba en el sitio con mayor salud de todo Auschwitz: la enfermería. Mi posición me permitía efectuar pequeños actos de altruismo, tales como dejar que los pacientes se rehabilitasen de verdad antes de mandarlos a construir otro barracón, otra alambrada, otra cámara de gas. Pero debía ser cauta. A los reclusos que ocupasen una litera durante más de dos meses se les expedía su billete de dirección única al crematorio.

Por suerte o por desgracia, yo formaba parte de la **R**esistencia (me da vergüenza hablar de ella en mayúscula; nuestro único acto de sabotaje consistía en alterar levemente la lista de los gaseados). Como a los SS solo les importaba el número de muertos, y no su identidad, a veces sustituíamos el nombre de un paciente crónico por el de un *Kapo* o jefe de barracón que nos resultara especialmente tiránico o molesto. He de decir que, más de una vez, la **R**esistencia condenó a un musulmán para indultar a uno de los nuestros. No éramos los héroes del campo; apenas los administradores de nuestra propia injusticia.

La llegada de Teresa nos dio la oportunidad de ser otra cosa. Como la enfermería se encontraba enfrente del arcén donde apeaban a los nuevos reclusos, vi perfectamente su llegada. Esa misma semana ya había visto llegar a muchos curas y a muchas monjas. A fin de cuentas, era la época en que hombres uniformados de negro asaltaban iglesias y conventos por toda Holanda.

Pero esta monja era distinta. Su santidad se traslucía directamente en su cara y en su ropa. Tenía la túnica rajada y el escapulario cubierto de manchas. Sus ojos descansaban sobre dos profundas ojeras de color violeta tirando a verde. Su boca mostraba síntomas de haber sido golpea-

da por un puño o una culata. Ella sacaba la lengua apaciblemente y se relamía la sangre de los labios. Transmitía paz a su alrededor.

A su alrededor aullaban los perros de las SS; a su alrededor rodaban los cadáveres de quienes no resistieron el último, el postrero viaje; a su alrededor, bocas sedientas y golpes y gritos de «¡Más rápido!» en tres o cuatro idiomas; a su alrededor gemían las mujeres y se volcaban las maletas y se desenroscaba como una alfombra a sus pies el Infierno en la Tierra. Ella ayudaba tranquilamente a que los niños bajasen del vagón.

Entonces vi cómo la empujaba un hombre. Un polaco bajito y musculoso. Sin equipaje, con unas prisas locas por meterse en el campo. La empujó contra las ruedas del tren y se abalanzó sobre el punto de criba y acceso. Lo superó cómodamente. Auschwitz daba una calurosa bienvenida a los cínicos desarraigados. Nunca tenía suficientes. Luego supe que se llamaba Elias Lindzin. No me sorprendió que en una semana fuese promovido al puesto de *Kapo*. La primera jornada que ejerció ese cargo murieron cinco trabajadores bajo su látigo. Lo increíble fue que Teresa sobreviviese a esa primera selección, que no la enviasen de rechita al crematorio, como era protocolario hacer con los niños y las mujeres. Supongo que hasta los nazis percibieron su fortaleza.

Durante las siguientes semanas, Lindzin y Teresa fueron la cara y la cruz de la inhumanidad en Auschwitz. Situados respectivamente en la sección masculina y femenina del campo, Lindzin recibía doble ración de alimentos por exprimir implacablemente, sin escrúpulos, a su cuadrilla, mientras Teresa compartía su hogaza de pan con cualquiera que se lo pidiese. Lindzin arrebató su primer

cuenco y su primera cuchara de las manos de un musulmán que no podía recostarse siquiera. Teresa se pasó dos días sin mojarse los labios, delirando por los barracones a causa de la sed, hasta que una cocinera de la Resistencia, Charlotte Delbo, le regaló los utensilios para calmarla. Charlotte fue la segunda amiga y protectora de Teresa dentro de la administración. Antes fui yo. Veíamos con inquietud cómo adelgazaba y empalidecía y rechazaba todos los cargos que le ofrecíamos. Solo aceptó un puesto, que ni siquiera era uno oficial, pues los alemanes no lo reconocían como tal. Consistía en enseñar alemán.

Como en el campo se oían muchos idiomas, sobre todo el yidis, el checo y el polaco, muchos querían aprender frases alemanas sueltas, para comprender al menos las oscuras indicaciones de los SS. Bajo la esperanza de impulsar su carrera como *Kapo*, Lindzin fue uno de los primeros matriculados en el curso. Consiguió un permiso de paso a nuestra sección únicamente para ir a clase. Para su desgracia, Teresa prefería recrearse en la lengua de Heine y de Hegel antes que en la de Himmler. Ella pensaba que la poesía y la metafísica alemanas eran demasiado valiosas y frágiles como para dejarlas solo en manos de los alemanes. A Lindzin le daba soberanamente igual. En cuanto Teresa se ponía a recitar un poema o a exponer un argumento epistemológico del siglo XIII, él la interrumpía y le preguntaba por la conjugación de los verbos en imperativo. Después de una semana, cuando Lindzin ya conocía suficientes órdenes y ultrajes en la lengua del poder, se largó de clase tildando a Teresa con los quince sinónimos de puta que había aprendido por entonces. Luego aprendió más.

Yo acudía a menudo al curso, aunque el alemán fuera mi lengua nativa, para debatir sobre los temas que no me

dejaban dormir. Una vez se piró Lindzin, todos los alumnos (¿o debería decir alumnas?) proveníamos de la sección femenina. Los hombres estaban demasiado atareados birlándose los cuencos y las cucharas como para perder el sueño por el *modus tollens* o los argumentos trascendentales. Me acuerdo de Ceija Stojka, de Olga Lengyel, de Lilliana Segre, de ETTY HILLESUM, de Nelly Toll, de Irène Némirovsky, de Gertrud Kolmar, de Java Rosenfarv, de Hélène Berr, de Anise Postel-Vinay, de Goti Bauer... Al principio frecuentamos las clases para sentirnos en un lugar seguro, para no participar en la lucha por la vida, mal que fuera por un ratito. Más tarde, conforme Teresa nos expuso su cosmovisión, su vulnerabilidad intelectual, nos quedamos por genuino interés filosófico. El curso se celebraba todas las tardes, justo después del último recuento («¡Diez mil quinientos cincuenta!» «¡Presente!» «¡Treinta y un mil seiscientos sesenta y uno!» «¡Aquí!» «¡Cuarenta y cuatro mil setenta y cuatro!»), en los pocos minutos de libertad que teníamos antes de acostarnos. Durmiéndonos a las diez de la noche y despertándonos a las cuatro de la mañana, a pesar de la desnutrición y la sobrecarga de trabajo, muchas aguardábamos con ansia aquella horita filosófica. Las ideas abstractas nos servían como refugio, nos daban fuerza mental. Aún recuerdo aquel pasaje de *Las moradas*, de Santa Teresa de Jesús, que nuestra Teresa nos traducía de esta forma: «Me parece os será de consuelo deleitaros en este castillo interior, pues sin licencia de las superiores podéis entrar y pasearos por él a cualquier hora». ¡Cuántas horas habré perdido o ganado allí dentro...!

Entre las asistentes al curso descollaba la peluquera o, mejor dicho, la rapadora de la sección femenina: Heda

Margolius, también partícipe en la Resistencia, a quien todas llamábamos Heda Bloch. Se había casado justo antes de la invasión de Praga, pero en el campo se hacía referir por su apellido de soltera, para no padecer recordando a su esposo, a quien creía ya fusilado en cualquier cuneta. De pura chiripa, Rudolf sobrevivió a la guerra; pero no así a la paz que se cernió luego sobre el este de Europa. Al camarada Margolius le condenaron a muerte en 1952, en un juicio teatral estalinista, con gran éxito de público y crítica, aplausos y bises incluidos. Catorce dirigentes comunistas, once de ellos judíos, inculpándose de los peores crímenes contra la revolución y la patria proletaria. Igualito que en Moscú tres décadas antes. Heda constató su aplomo al defender la inocencia de su marido frente al Politburó. Quienes la conocíamos de Auschwitz sabíamos que era una mujer de armas tomar. Entre nosotras había puesto ampliamente en práctica su ética laboral protestante. No por nada, su libro preferido era la *Crítica de la razón práctica*; suscribía a pies juntillas las directrices del imperativo categórico; nunca actuaba sin cerciorarse previamente de que sus máximas de acción se pudieran convertir en ley universal; así como lo exigía para ella, así también se dirigía a las demás reclusas por sus apellidos de soltera. ¿Cómo conciliaba esa ética tan estricta con el hecho de desempeñar un cargo administrativo en la maquinaria nazi? Fue algo que nunca se me ocurrió preguntarle. El caso es que Heda descollaba en el curso de alemán, discutiendo de tú a tú con Teresa, algo que ella prefería y alentaba, dejando que las alumnas interviniesen, haciéndose muchas veces la tonta.

A Teresa le encantaba hacerse la tonta. Pero tonta de remate. Casi siempre formulaba sus posiciones filosóficas

de un modo ambiguo, incompleto o más débil de lo que podía y sabía, solo para que sus interlocutoras la hiciesen picadillo. Había aprendido de Santa Teresa de Jesús que Dios está presente sobre todo en las experiencias que confunden el placer con el dolor. Se entregaba al cristianismo con una ironía macabra. También había aprendido que los martirios del alma son infinitamente más gustosos que los de la carne, que la mente aguanta y se regocija con torturas inasumibles por el cuerpo. Como ella, a diferencia de la Teresa original, de la Teresa abulense, no padecía visiones en las que unos angelitos le cosían el pecho gozosamente a dardos, tenía que conformarse con lo agri-dulce del diálogo socrático. Teresa era una masoquista argumentativa, una bulímica de la razón. Disfrutaba cuando se demolía su forma de razonar y sufría si no le lanzábamos objeciones. Entornaba los ojos y se mordía los labios nada más ver sus hipótesis reducidas al absurdo. Las clases de alemán solían consistir en una serie húmeda de orgasmos apagógicos. Al principio nos daba vergüenza que ella gimiese y le temblasen las piernas mientras la criticábamos, pero pronto nos acostumbramos y hasta empezamos a pillarle el tranquilo.

Dado que Teresa no aceptaba ningún pago por sus clases, ni en sopa ni en pan ni en nada, como ella se guisaba y se comía sus propias contradicciones, no pasó mucho tiempo antes de que la ingresasen en la enfermería. Intentamos recuperar su salud mediante raciones dobles y triples de patata, pero ella insistía en repartirlas entre las pacientes que se acostaban a su vera. Esa actitud dadivosa fue recibida primero con júbilo y luego con suspicacia. A sus compañeras de habitación les molestaba que trocease el pan en obleas, como si les metiese hostias consagradas

en toda la boca. Para no sentirse en deuda con una monja, empezaron a sospechar de sus buenas intenciones. Les parecía intolerable que se hiciera la mártir. «¡Que Dios te lo pague con un buen novio!» era la respuesta irónica que recibían sus regalos de pan y patata. Le pegaban palizas cuando no compartía la ración entera. Se habían acostumbrado a su caridad y ya la exigían como un derecho básico, constitucional. Para ahorrarnos linchamientos populares, la cambiamos varias veces de habitación. Finalmente la metimos en el cuarto de escobas, donde apenas cabía, encajada de perfil, una litera de tres pisos. Allí pasó un mes, y luego otro, con una pequeña ventana al exterior como único solaz y recreo, hasta que llegó la noticia de que la habían elegido para el crematorio.

Los cabecillas de la Resistencia nos reunimos urgentemente. Había que reemplazar cuanto antes a Teresa. El gaseamiento estaba programado para la mañana siguiente. Tardamos poco en acordar el nombre del sustituto: Elias Lindzin. Más complicado fue decidir quién debía pedirle permiso a ella. Algunos, por miedo a que se negase frontalmente, sugirieron que se llevase a cabo sin informarla siquiera. Pero ello supondría traicionar todo lo que Teresa defendía y representaba. Como yo era la única enfermera del grupo, la única con acceso al cuarto de escobas, me dejaron que escogiese a mi acompañante. Escogí a Charlotte Delbo. Si ella había conseguido que Teresa aceptase su cuenco y su cuchara, prácticamente los únicos regalos que aceptó durante su estancia en Auschwitz, quizás —quién sabe, crucemos los dedos— también aceptaría ahora.

Charlotte no era judía, sino comunista. Y además francesa. Es decir: que se encontraba en la cúspide de la jerar-

quía reclusa, justo debajo de los criminales comunes, ladrones, asesinos y violadores, que eran el ojito derecho de las SS. Si no se metía en líos y conservaba su puesto, Charlotte tenía oportunidades de sobrevivir a Auschwitz. Pero a ella le pirraban los líos. En París había asistido a las lecciones de Henri Lefebvre y de Georges Politzer, de quienes heredó su filosofía marxista y atomista clásica. Disentía hasta el pataleo en las clases de Teresa. Era tan atea que siempre pronunciaba dios y paraíso con minúscula. La Gestapo los había cazado, a ella y a su esposo, participando en LA RESISTENCIA (con mayúsculas enfáticas, como la llamábamos todos, menos yo). Juntos editaban una inofensiva revista clandestina. Pero los nazis no se andaban con chiquitas. Al esposo lo fusilaron en el acto; a ella la internaron con nosotras. Llegó en un convoy de presos políticos con la moral muy alta. Quizás demasiado alta. Bajaron del tren coreando *La marselesa* sin detenerse a reflexionar sobre su estribillo. «¡Marchemos, marchemos! / ¡Que una sangre impura / inunde nuestros surcos!». Lo que para ellos consistía en un acto de desobediencia civil, para nosotras era un monumento al nacionalismo voraz y excluyente que nos había arrastrado a dos guerras mundiales, tirándonos del pelo, escupiéndonos en la cara, en menos de treinta años.

Por suerte, Charlotte no tenía fobia a la sangre impura. Y ello a pesar de su carácter. En París había trabajado como secretaria para una compañía de teatro, y ahora portaba su ejemplar de *El misántropo* escondido dentro del uniforme a rayas, entre el cuenco y la cuchara. Nunca supimos cómo llegó hasta allí. Al principio pensamos que lo utilizaba para calentarse, como hacíamos nosotras con el papel de embalar que pillábamos. Enseguida nos perca-

tamos de que se sabía al dedillo la obra. Se había aprendido a Molière de memoria. Lo recitaba en voz bajita durante las horas muertas, que en Auschwitz eran prácticamente todas. Igual que Alceste, el protagonista de la comedia, Charlotte anteponía la sinceridad a la humanidad, esto es, ser honesta a ser cortés. En un contexto social ordinario, esa preferencia la habría vuelto odiosa, pero en Auschwitz nos parecía una ricura su carácter francamente inhumano. Todos los cabecillas de la Resistencia estuvieron de acuerdo en que era la mejor acompañante para sonsacarle su «Sí, quiero» a Teresa. Salvo Heda Bloch.

Heda añadió:

—Yo también quiero ir.

¿Cómo decirle que no? Conociendo a Teresa, no se dejaría persuadir sin un largo debate previo. La capacidad argumentativa de Heda nos vendría de perlas, pero corríamos el riesgo de que se enzarzase en polémica con Charlotte, como sucedía, día sí y día también, en el curso de alemán. Siendo una idealista y la otra materialista, las dos de los pies a la cabeza, la desavenencia intelectual no podía ser mayor. Más de una vez tuvimos que separarlas para que no llegasen a las manos por una minucia ontológica cualquiera. Que si el mundo es finito o infinito (o no se puede saber); que si los actos morales deben juzgarse por sus principios o por sus efectos; que si el alma sobrevive o no al cuerpo: cualquier cosita avivaba la controversia. Acepté, sin embargo, que Heda nos acompañase. A fin de cuentas, disponíamos de un día entero para realizar la misión. Heda y Charlotte tendrían tiempo de debatir hasta extenuarse. Puede incluso que sus rifirrafes excitasen a Teresa.

¿Qué podría salir mal?